

## Reivindicando a los clásicos en el Día dle libro 2022

Fernando Carratalá  
Vicedecano

### ENCUESTA DE ABC CULTURAL

«La Ilíada», de Homero, tercer puesto de la gran encuesta de ABC Cultural

*Todo el imaginario humano está tejido en esta obra, que ha conseguido 93 puntos en la macroencuesta con la que ABC Cultural ha rastreado los cien libros fundamentales de la Literatura Universal [i]*

Imaginemos que un cataclismo universal hubiera destruido instantáneamente todos los libros -en todos sus soportes- del planeta. Bastaría que un milagro hubiera salvado uno de ellos, para hacer verosímil -en un equitativo plazo de milenios- la reescritura de todos. Ese libro se llama «Ilíada». Y en él están todos los libros, absolutamente todos. Porque en él están todas las limitadas mitologías de las cuales está tejido el imaginario humano. Todas, las que esa combinatoria -inmensa, pero no infinita- de la escritura baraja.

Sabemos, claro está, que no es un libro. Ni siquiera, en su origen, un texto escrito.

«La Ilíada» transcribe siglos de tradición oral cristalizada en la voz y memoria de lo aedas [ii]: esos cantores vagabundos que, hace casi tres mil años, enseñaron a los hijos de Grecia quiénes eran ellos mismos.

Y la lección aprendida se transmitió hasta nosotros. Que hablamos griego clásico, aunque no lo sepamos: lo hablan nuestros sueños, nuestras fantasías. Que están todas en los avatares de los héroes homéricos. [iii]

### **Dolor irredimible**

«La Ilíada» es un catálogo minucioso de hasta el último de nuestros fantasmas. El orgullo suicida del hombre que se sabe humillado, pervive en el rostro de Aquiles al inicio de la epopeya. El combate contra los dioses, al cual todo humano ha de enfrentarse en algún recodo de su vida, reproduce la furia y la locura final del feroz Áyax.

El momento de terror que acecha en su consumación al héroe, y que es síntoma y medida de su propia grandeza, tendrá siempre el rostro del Héctor que huye antes de plantarse ante quien lo hará morir; también, la amargura de saber que los dioses -Atenea [iv] como todos- nos engañan para mejor atraernos siempre a lo peor. «La Ilíada» es el teatro del combate que todo hombre sabe que es su vida entera. Nada sin ella podría entenderse en el axioma fundacional de Heráclito: «Guerra es padre de todos, de todos rey, y a unos hace amos, a otros siervos».

Y «La Ilíada» es también esa amistad desesperada que solloza en la voz de Aquiles ante el cuerpo de Patroclo muerto: «Algo de él, tal vez, pervivirá en el Hades: un alma, un simulacro, pero sin espíritu». Porque el verdadero dolor es irredimible. Todos lo sabemos.

Todo, absolutamente todo, está en «La Ilíada», de Homero. Nosotros. [1]

---

[1] Artículo de Gabriel Albiac publicado en el diario ABC (8 de junio de 2018).

Artículos de Gabriel Albiac en ABC:

<https://www.abc.es/autor/gabriel-albiac-1087/>

Apoyo léxico.

**Imaginario humano (o colectivo).** Imagen que un grupo social, un país o una época tienen de sí mismos o de alguno de sus rasgos esenciales. **Cristalizada.** Plasmada, concretada. **Aeda.** Cantor épico de la antigua Grecia. **Avatares.** Vicisitudes: inconstancia o alternativa de sucesos prósperos y adversos. **Irremediable.** Irremisible, insalvable, inexorable. **Minucioso.** Detallado, prolijo. **Epopéya.** Conjunto de hechos gloriosos dignos de ser cantados épicamente. **Recodo.** Lance, ocasión crítica; rincón, recoveco. **Consumación.** Acabamiento, coronamiento. **Teatro de combate.** Metafóricamente, palestra. **Axioma fundacional.** Principio fundamental e indemostrable que urge de punto de partida. **Hades.** Inframundo griego, reino de los muertos.

## **Notas al texto.**

[i] Los 100 mejores libros de la literatura universal. Diario ABC, 6 de junio de 2018. [https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-100-mejores-libros-literatura-universal-201806030125\\_noticia.html](https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-100-mejores-libros-literatura-universal-201806030125_noticia.html)

El diario madrileño ABC ha publicado (en junio de 2018) una selección elaborada por un grupo de 50 expertos -entre escritores, críticos y personalidades del mundo de la cultura española- de los 100 libros que todos deberíamos leer o haber leído. Para la elaboración de esta macroencuesta se les pidió que expresaran su opinión acerca de cuáles son los diez 10 mejores títulos de la literatura, ordenándolos de mayor a menor,

y otorgándoles un puntaje (al primero diez, al segundo nueve, al tercero ocho...) Y así resultó una lista cuyos primeros diez títulos son los siguientes: 1. *El Quijote* (Miguel de Cervantes), 267; 2. *La Odisea* (Homero), 148; 3. *La Ilíada* (Homero), 93; 4. *La Divina Comedia* (Dante Alighieri), 86; 5. *Hamlet* (William Shakespeare), 63; 6. *La Biblia*, 61. 7. *En busca del tiempo perdido* (Marcel Proust), 59; 8. *La Eneida* (Virgilio), 58; 9. *Ensayos* (Michel de Montaigne), 55; 10. *Madame Bovary* (Gustave Flaubert), 51.

[ii] Gracias a los aedas, los héroes permanecen vivos en la memoria social a través de la poesía oral que recoge sus proezas y los eleva a niveles sobrehumanos. La epopeya se convierte así en una forma de acceso a la trascendencia: la muerte gloriosa en combate confiere a los héroes -en el contexto de la guerra de Troya narrada por *La Ilíada*- cualidades que les permiten superar su finitud y perdurar en el tiempo. En palabras de Vernant, “[...] la tradición oral, la palabra poética, al celebrar las hazañas de los guerreros de antaño, los arranca del anonimato de la muerte [...]; gracias a su constante rememoración al hilo de la recitación épica, convierte a estos desaparecidos en “héroes ilustres” cuya figura [...] refulge con un brillo que nadie puede debilitar.” (Cf. Vernant, Jean-Pierre: *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*. Barcelona. Paidós Ibérica 2001. Colección Paidós orígenes, núm. 27. Especial interés tiene el capítulo segundo, titulado “La bella muerte y el cadáver ultrajado”). Los aedas, como Homero, divulgando la gloria de los héroes, se convierten, pues, en los auténticos intérpretes creadores de la tradición.

[iii] En *La Ilíada*, los héroes homéricos se caracterizan por su belleza física -fortaleza de brazos, agilidad y velocidad de piernas, frescura de la piel- y por su bondad en el obrar. Como guerreros daban muestras de gran valor y, aunque de espíritu colérico en el combate, poseían un gran dominio de sí mismos y exhibían una profunda inteligencia; y solo se plegaban a la voluntad de los dioses, que mueven los hilos de su destino. Son, por tanto, modelos ideales de conducta, y sus vidas sirven como instrumento educativo de primer orden.

[iv] Atenea (“la de ojos de lechuza”, como la llama Homero en *La Ilíada*) es la diosa griega de la sabiduría -la Minerva romana-. Aunque era maestra en el arte de la

guerra, detestaba la violencia gratuita y mediaba en los conflictos, con objeto de solventarlos, aplicando la prudencia y la estrategia. Cuando en la boda de Peleo y Tetis la diosa Eris [discordia] lanzó la manzana de oro en el Olimpo destinada “para la más hermosa”, aspiró a dicho título junto con Hera y Afrodita. Paris, juez del concurso e hijo del rey de Troya, concedió la manzana a Afrodita, y esta le recompensó con el amor de la mortal más hermosa, la princesa griega Helena. Su rapto por Paris desencadenó la guerra de Troya, y Atenea, despechada, apoyó a los griegos.

## ***Comentario explicativo del texto.***

El texto tiene su origen en una encuesta publicada por El diario ABC en la que se sitúa a *La Ilíada* como el tercero entre los cien mejores libros de la literatura universal. Y le corresponde a Gabriel Albiac efectuar el panegírico de dicha obra, que demuestra conocer a fondo; y lo hace con indudable apasionamiento y la plena conciencia tanto de la importancia que esta epopeya homérica tiene en los orígenes de la identidad griega como de sus repercusiones futuras en el plano cultural, más allá del literario. Sus referencias a personajes como Aquiles, Áyax, Héctor y Patroclo, así como su erudita caracterización, se sitúan, por lo demás, dentro del conocimiento profundo de la más pura tradición homérica.

El texto arranca con la idea esencial, que poco a poco va a ir desarrollándose: en *La Ilíada* están incluidos todos los libros, “absolutamente todos”; idea que se reafirma al final: “Todo, absolutamente todo, está en «La Ilíada», de Homero. Nosotros”. En este sentido, podemos afirmar que dicho texto responde a una concepción estructural “encuadrada”. Y entre ambas sentencias, y con lenguaje muy apto para la reflexión filosófica, Albiac explica por qué tiene esta concepción de *La Ilíada*.

Para situar la importancia que *La Ilíada* tiene en la historia de la Humanidad, parte Albiac de un hecho tan aparentemente ilógico como adecuado a sus intenciones: si un “cataclismo universal” destruyera todos los libros, bastaría con que se salvara uno solo para poder reconstruirlos todos; y ese libro es, precisamente, *La Ilíada*. Y para que las dimensiones del desastre destructivo fueran todavía mayores, Albiac recurre al lenguaje hiperbólico refiriéndose a todos los libros del planeta “en todos sus soportes”; es decir, no solo al libro en hojas de papel, sino también a los libros digitales o a los almacenados en cualquier dispositivo electrónico. Aunque para reescribir todos los libros a partir de *La Ilíada* y hacer verosímil su suposición, se necesitaría “un plazo de milenios”. [2]

Los breves párrafos segundo y tercero -el punto y aparte que los separa permite individualizarlos conceptualmente- los dedica Albiac a presentar *La Ilíada* como algo más que un mero libro: es el peso de la tradición, enarbolada por los héroes homéricos, con la que los cantores de la epopeya griega -los aedas- afirman su propia identidad como pueblo; una tradición que ha llegado hasta nosotros, con el paso y el peso de los siglos, porque en nuestra imaginación, y aun cuando no seamos conscientes de ello, están alojadas todas las vicisitudes -los avatares- que conformaron la existencia

de dichos héroes homéricos. [3]. Lo cual le permite afirmar a Albiac, metafóricamente, que “hablamos griego clásico, aunque no lo sepamos”.

Y con el epígrafe destacado “dolor irremediable”, comienza Albiac a extraer aquellas características esenciales de algunos de los héroes que intervinieron en la guerra de Troya; comenzando por un humillado Aquiles [4]. En sus correrías contra Troya, Aquiles se ha apoderado -como botín- de Briseida, y entre ambos nacerá una cálida relación sentimental; Agamenón, en cambio, debe devolver su trofeo -Criseida- y, abusando de su autoridad como jefe del contingente griego, se apodera de Briseida. Aquiles, *humillado*, decide no seguir peleando en favor de los griegos que, a partir de ese momento empiezan a experimentar bajas, en la misma medida en que los troyanos se van rehaciendo. Todo lo cual lo expresa sintéticamente Albiac de esta manera: “El orgullo suicida del hombre que se sabe humillado, pervive en el rostro de Aquiles al inicio de la epopeya”. Es decir, un rostro que refleja, a la vez, el orgullo del guerrero infatigable y la humillación de que ha sido objeto.

Y añade Albiac: “El combate contra los dioses, al cual todo humano ha de enfrentarse en algún recodo de su vida, reproduce la furia y la locura final del feroz Áyax”. Sepamos a que se refiere Albiac. Muerto Aquiles, sobrevino una discusión acerca de quién se quedaba con sus armas. Todo parecía indicar que pasarían a manos de Áyax, por estar considerado como el segundo de los griegos por su valor; pero fueron a parar a Ulises, lo que desencadenó en Áyax sentimientos de amargura, injusticia e importancia, despertados por Atenea, protectora de Ulises; e incluso un estado de locura que le llevó una noche a matar carneros, convencido de que a quienes se llevaba por delante era al propio Ulises, a Agamenón, a Menelao... Repuesto de su estado de locura transitoria, y visto el ridículo que había hecho ante sus compañeros de armas, se suicidó utilizando la espada que le había regalado Héctor. Esta es “la furia y la locura final de Áyax”, en cuyo origen está una Atenea protectora de Ulises; es ese “combate contra los dioses, al cual todo humano ha de enfrentarse en algún recodo de su vida”, como le sucede a Áyax.

Y ¿qué quiere decir Albiac cuando, hablando de Héctor [5], alude a “la amargura de saber que los dioses -Atenea como todos- nos engañan para mejor atraernos siempre a lo peor?”. Tomemos de nuevo *La Ilíada* y desplazemos el foco hacia el héroe troyano más valeroso, Héctor, traicionado por Atenea. En una batalla naval contra los troyanos en la que Aquiles no participa, dada su enemistad con Agamenón, la situación de los

griegos se torna crítica. Patroclo, con la anuencia de Aquiles, corre en ayuda de los griegos, pero muere a manos de Héctor, quien además ultraja su cadáver, lo cual provoca la ira de Aquiles y su retorno al combate. El ejército troyano se resguarda tras las murallas de su ciudad, pero Héctor se queda solo ante la puerta Escea aguardando a Aquiles. Cuando es consciente de que este se acerca, *siente miedo y emprende la fuga*. Por tres veces, ambos circundan la ciudad, el uno en persecución del otro, hasta el momento en que Atenea -que toma la figura de Deífobo-, invita a Héctor a detenerse y le promete su ayuda. Pero cuando Héctor acepta el combate y decide enfrentarse a Aquiles, Atenea desaparece, y deja sentenciado el trágico destino de Héctor: en el Olimpo, Zeus ha pesado con la balanza del Destino la suerte de los dos adversarios, y el platillo de Héctor se ha inclinado con un peso mayor, descendiendo hacia el Hades.

En el momento de morir, Héctor le suplica a Aquiles que entregue su cadáver a Príamo, pero Aquiles se niega, en venganza por la muerte de Patroclo, en tanto que Héctor le predice su muerte a manos de su hermano, Paris. Aquiles ata el cuerpo de Héctor a su carro y lo pasea alrededor de la ciudad, ante las miradas de los troyanos; y seguidamente lo traslada al campamento griego y lo deja que se pudra a la intemperie.

Apiadados los dioses ante tal situación, Zeus envía a su mensajera Iris para que le haga saber a Aquiles que debe devolver el cadáver de Héctor a su padre. Finalmente, Príamo y Aquiles acuerdan una tregua de doce días para que los troyanos puedan honrar la memoria de Héctor con las correspondientes exequias. Y lo que le interesa destacar en toda esta historia a Albiac es el rostro de Héctor “antes de plantarse ante quien lo hará morir”, ese “momento de terror que acecha en su consumación al héroe, y que es síntoma y medida de su propia grandeza”; aparte de la traición de que es objeto por parte de Atenea, ya mencionada.

Para Albiac, *La líada* “es el teatro del combate que todo hombre sabe que es su vida entera”. Y echa mano nada menos que de Heráclito -que para algo es profesor de Filosofía- y nos recuerda uno de sus principios filosóficos: “La guerra es padre y rey de todos, ha creado dioses y hombres; a algunos los hace esclavos, a otros libres”. [“Πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστὶ πάντων δὲ βασιλεύς, καὶ τοὺς μὲν θεοὺς ἔδειξε τοὺς δὲ ἄνθρωπους, τοὺς μὲν δούλους ἐποίησε τοὺς δὲ ἐλευθέρους”]. Y convendría que conectáramos el anterior fragmento de Heráclito con este otro: “Preciso es saber que la guerra es común; la justicia, contienda, y que todo acontece por la contienda y la necesidad”. La tensión entre contrarios

es, pues, la metáfora de la que se vale Heráclito para expresar el cambio en el mundo, frente al descanso, que significaría su desmoronamiento.

Y llegamos así al final del texto, con la afirmación de Albiac de que *La Ilíada* “es también esa amistad desesperada que solloza en la voz de Aquiles ante el cuerpo de Patroclo muerto”; así como con el recuerdo de los versos homéricos: «Algo de él, tal vez, pervivirá en el Hades: un alma, un simulacro, pero sin espíritu». Y vamos a tomar la palabra de Juan Carlos Rodríguez Delgado para poder interpretar exactamente el sentido de dichos versos: “La *psyché* homérica, además del hábito que abandona al que muere, es también la imagen vacía, el *eidólon*, que representa la apariencia corporal del difunto. Así adonde Aquiles *llegó el alma del mísero Patroclo, / en todo parecida a él, en la talla, en los bellos ojos / en la voz y en las ropas que vestía en torno de su cuerpo* [6]. E insta a Aquiles a que celebre sus funerales para que pueda ir al Hades, porque *lejos de sí lo retienen las almas, las sombras de los difuntos* [7]. Aquiles accede a petición de Patroclo y se dispone a abrazarlo, *pero no lo pudo tocar; del alma, como el humo, bajo tierra se desvaneció* [8] [...]. ¡Ay! [exclama Aquiles]. *También en las mansiones de Hades es algo el alma, pero las phrenes no están en absoluto en ella* [9]. La *psyché* de Patroclo es lo que hoy llamaríamos su imagen virtual, una especie de holograma.

‘Sombra parlanchina’, ‘fantasma’, ‘cara inane’, son otras expresiones homéricas referidas a estas *psychai* de los muertos en el Hades, en las que, como dice Aquiles, *no están en absoluto las phrenes*, expresión que equivale a decir que están desprovistas de todo principio de vida, tanto emocional como mental” [10]. De todo lo cual desprende Albiac que todos sabemos que “el verdadero dolor es irredimible”. Y remata su texto recalcando que “todo, absolutamente todo, está en *La Ilíada*, de Homero”; y, por tanto, también todos nosotros en nuestra lucha permanente con nuestros dioses y demonios que jalonan nuestra existencia. [11] No hay duda de que *La Ilíada* ha dejado en Gabriel Albiac una huella imborrable. Y que su artículo es una invitación a su relectura, y también a su urgente lectura por parte de quienes todavía no se hayan adentrado en la grandeza de la Guerra de Troya vista por Homero.

---

[2] También Ray Bradbury, en 1953, y en su obra *Fahrenheit 451*, concibió la quema de todos los libros por parte del Gobierno (el título alude a que la temperatura a la que el papel de los libros se inflama y arde: 451 grados en la escala de Fahrenheit, que corresponden a 232,8 grados centígrados). Pero Bradbury encuentra una solución para la pervivencia de los libros: un nutrido grupo de intelectuales los ha memorizado -uno por persona- para, así, poder empezar a reconstruir una sociedad destruida. A esta obra se refiere Juan Manuel de Prada, cuando escribe: “Puedo concebir, en un esfuerzo de la imaginación, una utopía funesta como la que ideó Ray Bradbury, en la que los libros hayan sufrido persecución y alimentado el fuego, como pájaros asesinados, para sobrevivir instalados en la memoria agradecida de unos pocos hombres libres. No puedo concebir, en cambio, a un hombre libre deshabitado de libros; sería tanto como imaginarlo desposeído de alma, extraviado en los pasadizos lóbregos de un mundo que no comprende””. (Cf. “Vindicación del libro”. Diario a ABC -tercera-, 24 de abril de 2000).

[3] En el siglo XII fueron los juglares -los “aedas castellanos”- quienes, a través de los cantares de gesta, fueron creando un héroe mitológico con base real: El Cid Campeador -Rodrigo Díaz de Vivar (+1099)-, cuyo espíritu levantisco ya caracterizó los orígenes del reino de Castilla a mediados del siglo X.

[4] Aquiles, hijo de la diosa Tetis y del humano Peleo -descendiente de Zeus- es denominado por Homero “el de los pies ligeros”, “deiforme” -parecido a los dioses-, pero, “el héroe de más breve vida”. Agamenón describe perfectamente su psicología: “[...] este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes [...]; los sempiternos dioses le hicieron belicoso [...]”.

[5] Del “esclarecido” Héctor dice Homero “que por su aspecto a la rápida noche semejaba”; también lo denomina -empleando el epíteto en función apositiva- “broncínea armadura -una armadura de la que es parte importante su “tremolante casco”-, “el más valiente de los troyanos”, “domador de caballos”, “esposo compasivo”, “padre amoroso”, “buen hermano”... Pero, sobre todo, “matador de hombres”, rasgo con el que Homero quiere destacar la valentía del “divino” Héctor.

[6] *La Ilíada*, XXIII, 65-67.

[7] *La Ilíada*, XXIII, 72.

[8] *La Ilíada*, XXIII, 100-101.

[9] *La Ilíada*, XXIII, 103-104.

---

[10] Cf. Rodríguez Delgado, Juan Carlos: *El desarme de la cultura. Una lectura de La Ilíada*. Capítulo 2: La autonomía del personaje homérico. Buenos Aires, Katz Ediciones, 2010, págs. 79-80.

[11] Al margen del texto de Albiac, y retomando el tema de los libros que hay que leer -con motivo de la encuesta aparecida en el diario ABC-, Regord Moradan (en Zenda. Artes, libro y compañía. El País XLSemanal, 3 de agosto de 2018) recoge los “Tuiteos de literatura con Pérez Reverte: Especial recomendaciones”. Son, en total, 50 tuiteos cuya lectura puede resultar sorprendentemente atractiva.

<https://www.zendalibros.com/tuiteos-literatura-perezreverte-especial-recomendaciones/>

## ENCUESTA ABC CULTURAL

«La Odisea», plata en el pódium de los más grandes

*Hasta 148 puntos ha obtenido el poema épico por antonomasia, escrito hacia el siglo VIII a. C. por Homero, en la gran encuesta elaborada por ABC Cultural sobre los cien libros imprescindibles de la Historia de la Literatura.*

Yo ya sabía que Homero iba a figurar entre los diez autores más votados, y, a pesar de que mi opción personal había sido la «Ilíada», también sabía que iba a ser la «Odisea» el poema homérico que obtendría más apoyos. La razón es sencilla: mientras que la «Ilíada» no ha tenido descendencia, sino tan solo confluencias, la «Odisea» es -tras las huellas de la «Epopéya de Gilgamesh» [i], que tanto influyó en el autor del cantar que celebra **el regreso a casa de Ulises**- el origen de toda la literatura posterior, el cimiento de una pirámide que, en lugar de faraones difuntos, contiene **fórmulas para olvidar la muerte**: la divina pirámide de la literatura.

### Héroe de siempre

Todos los libros del mundo en los que pasan cosas, cuyos personajes viajan, vuelven y se extravían, matan y mueren, odian, hacen el amor y preguntan, imaginan y traicionan, son, de algún modo, la «Odisea». Ulises u Odiseo, su protagonista, el «asendereado» Ulises (como mi amigo **Carlos García Gual** [ii] aconsejaba traducir el omnipresente epíteto «polýtropos» del original), se hizo llamar Nadie **para escapar de Polifemo**, y no hay que ser un lince para darse cuenta de que, al llamarse así, nos representa a todos, de que en su historia se refleja la historia del héroe de entonces, de ahora y de mañana, de que su relato es todos los relatos y **su sueño todos los sueños**.

Mucho más «moderna» que la «Ilíada», menos rigurosamente masculina que el poema de la ira de Aquiles (Robert Graves escribió una novela, «La hija de Homero», en la que **postulaba como autora de la «Odisea» a una mujer**) [iii], el poema de Ulises nos embruja por la vertiginosa sucesión de sus aventuras. Nos da, además, la oportunidad de identificarnos con su protagonista, un héroe **profundamente humano**, una especie de «extraordinario hombre ordinario» -la fórmula empleada por Goethe para definir a Napoleón [iv]- que ha de superar un **sinnúmero de severísimas pruebas iniciáticas** hasta regresar, diez años después y disfrazado de mendigo, a su isla, para restablecer el orden alterado por los odiosos

pretendientes de su fiel esposa, Penélope. Y es que, como dijo Kazantzakis [v], la saga de Ulises **mira siempre al futuro**, y su historia constituye el punto de partida de ese artefacto que tanto nos ayuda a vivir y que llamamos literatura. [1]

---

[1] Cuenca, Luis Alberto de: “*La Odisea*, plata en el podio de los más grandes”. Diario ABC, 7 de junio de 2018.

Luis Alberto de Cuenca es un intelectual polifacético -con ocasionales intervenciones en el ámbito político-: filólogo, poeta, ensayista, crítico literario, columnista, letrista musical...; y con la cultura suficiente como para salir airoso de las múltiples y variadas actividades que emprende. Como poeta, ha recibido el Premio Nacional de la Crítica 1986, por *La caja de plata* (Madrid, Editorial Reino de Cordelia, 2018. Colección Los versos de Cordelia, núm. 37); el Premio Ciudad de Melilla 2005, por *La vida en llamas* (Madrid, Visor Libros, 2006. Colección Visor de poesía, núm. 543); y el Premio Nacional de Literatura 2015, por *Cuaderno de vacaciones* (Madrid, Visor Libros, 2017. Colección Visor de poesía, núm. 929). Visor publicó, en 2012, una antología poética 1970-2005, con el título *Los mundos y los días* (Colección Visor de poesía, núm. 815).

Artículos de Luis Alberto de Cuenca en el diario ABC:

<https://www.abc.es/autor/luis-alberto-de-cuenca-1603/>

Apoyo léxico.

**Por antonomasia.** Entre todas las cosas de su clase -en este caso, los poemas épicos-, la más importante, conocida o característica. **Confluencia.** Coincidencia en un mismo fin de ideas, circunstancias, propósitos, etc. (en referencia a *La Ilíada*, que no ha tenido precuelas). «**Polýtropos**». Primer epíteto que aparece en *La Odisea* aplicado a Ulises (I,1:X,330), con el que Homero alude a su ingenio, a su versatilidad y a su capacidad emprendedora. (Cf. Bermejo Becerra, J.C.; González García, F.J.; Reboreda Morillo, S.: *Los orígenes de la mitología griega*. Madrid, Editorial Akal, 1996, pág 337. Colección Akal Universitaria. Serie Interdisciplinar). **Nadie.** Nombre que adopta Ulises ante Polifemo. (Para regresar a Ítaca con su amada Penélope, Ulises consigue salir de la gruta de Polifemo con un ardid: cuando el cíclope le pregunta: “Quién eres?”, el héroe le responde: “Nadie”). **Ser un lince.** Ser persona aguda y sagaz. **Embrujar.** Ejercer una gran fascinación o atracción sobre alguien. **Pruebas iniciáticas.** Experiencias decisivas de carácter ritual que deben ser superadas con las debidas cualificaciones. **Pretendiente.** Aspirante al matrimonio. **Artefacto.** El vocablo está tomado etimológicamente, pues con él se alude a la Literatura: “hecho con arte” (en latín, *arte factum*).

### Notas al texto.

[i] La *Epopeya de Gilgamesh*, conjunto de narraciones acadias en verso sobre las peripecias del rey de Uruk, Gilgamesh, es la obra épica más antigua conocida. El poema completo se escribió en escritura cuneiforme, y en tablillas de arcilla, hacia los años 2500-2000 a. C.; y aunque los versos no van separados, el ritmo permite calcular que alcanza los 3.500. Para el profesor Ioannis Kakridis (Ιωάννης Θ. Κακριδής), algunos episodios y temas de esta obra tienen una importante influencia en *La Odisea*. (Cf. *Los poemas de Gilgamesh*. Madrid, Editorial Bubok Publishing, 2009 Traducción de Xavier Roca Ferrer).

[ii] Carlos García Gual (Palma de Mallorca, 1943). Reputado helenista, ha ejercido la cátedra de Filología Griega en varias universidades españolas. Director de las dos colecciones de la Editorial Gredos que más han contribuido a la difusión de la cultura clásica en lengua española: Biblioteca Clásica Gredos y Biblioteca Universal Gredos. Elegido miembro de la Real Academia Española el 30 de noviembre de 2017. Suya es la traducción de *La Odisea*, publicada por Alianza Editorial (Madrid, 2016). De entre su amplísima bibliografía, seleccionamos dos títulos: *Mitos, viajes, héroes* (Barcelona, Editorial Taurus, 1996; Barcelona, Editorial Punto de lectura, 2001); e *Introducción a la mitología griega* Madrid, Alianza Editorial, 2013).

[iii] Robert Graves (1895-1995). Escritor británico célebre por su novela *Yo, Claudio* (1934), en la que relata la vida de este emperador romano; novela a la que siguió, en 1943, *Claudio, el dios*. La novela *La hija de Homero* [*Homer's Daughter*, 1955] (Barcelona, Planeta DeAgotini, 2004. Colección Novelas de Grecia y Roma, núm. 29) surge cuando Graves, estudiando los mitos griegos, se topó con la teoría, enunciada por Samuel Butler en 1896, de que *La Odisea* no es enteramente obra de Homero, sino que intervino en ella una princesa siciliana que se retrata a sí misma en el personaje de Nausicaa, lo que le permite a Graves trasladar el clima épico al ambiente doméstico.

[iv] La referencia de Goethe a Napoleón -al que llama “extraordinario hombre ordinario”- es muy del agrado de Luis Alberto de Cuenca para caracterizar a algunos personajes; así lo hace con Ulises; también lo hace con Shakespeare en su artículo “Por qué hay que leer hoy a Shakespeare” (diario ABC, 18 de abril de 2016): “Decía Goethe de Napoleón que era «un extraordinario hombre ordinario». Lo mismo podría haber dicho de Shakespeare. Y es que tiene mucho más mérito ser alguien corriente, del montón, y sacarse de la chistera las treinta y siete piezas teatrales que habitan en las páginas del «First Folio» de 1623 y cuya autoría shakespeareana nos consta con seguridad, que nacer genio y limitarse a escribir al dictado de las nueve musas y de los mismísimos dioses olímpicos.”

**[https://www.abc.es/cultura/teatros/abci-leer-shakespeare-201604180644\\_noticia.html](https://www.abc.es/cultura/teatros/abci-leer-shakespeare-201604180644_noticia.html)**;

y lo hace, igualmente, con el poeta y ensayista inglés (nacido en 1962) Roger Wolfe (en su prólogo a la antología *Días sin pan*; Sevilla, Editorial Renacimiento, 2007,

pág. 12): “Urgen poetas como Wolfe [...], «extraordinarios hombres ordinario», por emplear la frase que Goethe dedicara a Napoleón”. Sea como fuere, habrá de darle la razón a Cuenca...

[v] Nikos Kazantzakis (1883-1957), novelista, poeta y dramaturgo griego, cretense y africano, como a él le gustaba decirse, dedicó doce doce años a la composición de su monumental *Odisea* (1938), poema épico de 33.333 versos, que continúa y reescribe el de Homero. (Cf. González Vaquerizo, Elena: “La ciudad ideal en la *Odisea* de Nikos Kazantzakis”. *Bizantino Nea Hellás*, [Revista anual de estudios griegos, bizantinos y neohelénicos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile], núm. 32, 2013, págs. 257-268).

**<https://byzantion.uchile.cl/index.php/RBNH/article/download/28011/29675/>**

## ***Comentario explicativo del texto.***

Luis Alberto de Cuenca parte de una intuición -más bien de una certeza-, cuando participa en la encuesta del diario ABC para elegir los 100 mejores títulos de la literatura universal: entre los diez primeros necesariamente habrían de figurar los dos poemas homéricos: *La Ilíada* y *La Odisea*. Y no estaba equivocado, porque en dicha encuesta, y tras *El Quijote* -“medalla de oro”-, figuran, en segundo lugar, *La Odisea* -medalla de plata- y, en tercer lugar, *La Ilíada* -medalla de bronce-, por usar un símil propio del podio deportivo. Y tiene clara la causa por la que *La Odisea* ocupa ese lugar de privilegio: su influencia en toda la literatura posterior, idea que expresa con una metáfora de alto contenido poético -no olvidemos que Luis Alberto de Cuenca es, fundamentalmente, poeta-: *La Odisea* es “el cimiento de una pirámide que, en lugar de faraones difuntos, contiene fórmulas para olvidar la muerte: *la divina pirámide de la literatura*”. Los dos párrafos que completan el texto, encabezados por el epígrafe “Héroe de siempre”, se limitan a desarrollar dicha idea, mezclando la erudición con el aliento lírico -muy en la línea de la prosa ensayística del escritor-, por lo que estaríamos ante un texto de estructura analizante que, en sus últimas palabras, nos reafirma -con *La Odisea* a la vista- una concepción de lo que es la Literatura, la buena literatura intemporal.

Para Luis Alberto de Cuenca, cualquier libro en el que se narran las acciones de los seres humanos -nobles e innobles-, en el que se describen sus pasiones y anhelos es, en cierta medida, *La Odisea*; y Ulises, enmascarado bajo el nombre “Nadie” con que se enfrenta a Polifemo, nos está representando a todos nosotros, un héroe que, con sus vicisitudes, trasciende el tiempo -“de entonces, de ahora y de mañana”-; y su relato -insiste Luis Alberto de Cuenca- incluye “todos los relatos”, y “su sueño todos los sueños”-. Y quizá, para hacer más significativo el pensamiento de Luis Alberto de Cuenca, convenga recordar aquí el episodio entre Ulises y Polifemo (*La Odisea*, canto IX). Cuando Ulises y los suyos regresan de la Guerra de Troya, van a parar a la isla de los Cíclopes y se adentran en la cueva donde vive Polifemo, que los encierra en ella y devora a algunos. Para escapar, Ulises urde un plan consistente en emborrachar a Polifemo y, una vez dormido este, cegar su único ojo. Al preguntarle Polifemo a Ulises por su nombre, este le contesta que se llama “*outis*” (οὐτις), es decir, “Nadie”. A los gritos de Polifemo, acuden en su ayuda varios cíclopes que, al escuchar de su propia boca que “Nadie” le ha herido, se abstienen de intervenir creyendo que ha enloquecido o que ha

sido maldecido por los dioses. (Atados Ulises y sus hombres al vientre de las ovejas de Polifemo, cuando este las lleva a pastar con la visión perdida, se asegura, al tacto, de que sus prisioneros no van montados en ellas, lo que permite a Ulises y a los suyos escapar, ya que Polifemo no palpa el vientre de las ovejas).

Y, como dice Luis Alberto de Cuenca, *La Odisea* nos hechiza por las múltiples peripecias a las que se enfrenta su protagonista [2], que si por algo se caracteriza es por su profunda humanidad, siempre deseoso de volver a Ítaca [3], donde le aguarda su fiel esposa Penélope sorteando a sus pretendientes, con Antínoo a la cabeza, que persiguen hacerse con el trono y con los tesoros reales. En efecto, Penélope esperó durante 20 años el regreso de su marido de la Guerra de Troya, soportando mientras tanto el acoso de innumerables pretendientes que la quieren como esposa; pero logra mantenerlos a raya con una artimaña: no se decidirá por ninguno hasta que no termine de tejer un sudario para Ulises, si bien por las noches deshace en secreto lo que había tejido durante el día. [4]

Sin duda, Luis Alberto de Cuenca está cargado de razón cuando termina su breve artículo recordándonos que “su historia [la de Ulises] constituye el punto de partida de ese artefacto que tanto nos ayuda a vivir y que llamamos literatura”. Hay, pues, en este final, un mensaje explícito del escritor acerca del valor -de algún modo- “catártico” de la Literatura, incorporada a nuestras vidas con toda la fortaleza de la tradición más ancestral.

---

[2] En la España de los siglos XVI y XVII se desarrolló un género de novela -llamada bizantina-, a imitación de autores helenísticos, romanos y bizantinos, que no entronca con la tradición homérica. La mayor parte de este tipo de novelas tiene un esquema común: dos jóvenes encuentran graves obstáculos para casarse (amores contrariados por una forzada separación, viajes peligrosos, naufragios, cautiverio, fugas azarosas, etc.) hasta que, finalmente, lo logran -hay, por tanto, un final feliz-, porque su amor ha permanecido fiel ante tantos contratiempos. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, última obra de Miguel de Cervantes, publicada de forma póstuma en Madrid en 1617, es un buen ejemplo de novela bizantina.

[3] Protegido por Hermes para librarse de los encantos de la hechicera Circe (canto X); descendiendo al Hades, donde el adivino Tiresias le augura un difícil regreso a Ítaca (canto XI); encadenado al barco para no sucumbir ante los cánticos de las sirenas que hacen enloquecer a quienes los escuchan (canto XII)...

---

[4] Finalmente, Penélope promete a los pretendientes que se casará con aquel que consiga hacer pasar una flecha por los ojos de doce hachas alineadas, empleando el arco que dejó Ulises antes de partir para Troya. Y el único que lo logra es Ulises, que por fin ha regresado a su casa, disfrazado de mendigo (canto XXI). Después de que Ulises mate a los pretendientes, Penélope lo reconoce (canto XXIII).